



Oración comunitaria 4ª semana - septiembre 2015

Ambientación:

La Vida Consagrada está llamada, después de contemplar a su Señor, de dejarse conquistar por Él, asumir sus sentimientos y su forma de vida, a salir. Hay que dejarse tocar por su mano, conducir por su voz, sostener por su gracia.

El Papa Francisco nos lo recuerda: «¡Salid de vuestro nido hacia las periferias del hombre y la mujer de hoy!». Por eso, hay que dejarse encontrar por Cristo. El encuentro con Él nos empujará al encuentro con los otros y nos llevará al encuentro con los otros y hacia los más necesitados, lo más pobres. En una palabra, hacer de nuestras vidas como consagrados, una vida hecha servicio y entrega.

Canto:

AMAR ES DARSE A TODOS LOS
HERMANOS, UNIENDO EN NUESTRA
MANOS EL GOZO Y EL DOLOR Y AL
AMARNOS EL MUNDO SE RENUEVA, LA
VIDA SIEMPRE ES NUEVA: SIEMPRE ES
NUEVO EL AMAR.

1.- Yo sé Señor, que aunque hablara
las lenguas del mundo; aunque todos
me llamen profeta, si no puedo amar
soy solo un rumor. Yo sé que sabiendo
las ciencias extrañas, conociendo
secretos ocultos seré poca cosa si no
tengo amor.

Lectura del texto Marcos 9, 29-36

Palabras del Papa Francisco:

«Repito hoy lo que he dicho otras veces: «¡Despierten al mundo! ¡Despierten al mundo! ¡Cómo? Pongan a Cristo en el centro de vuesta existencia. Sea la norma fundamental de vuestra vida «seguir a Cristo como es enseñado por el Evangelio», la vida consagrada consiste esencialmente en la adhesión personal a Él. Busquen, queridos consagrados, constantemente a Cristo, busquen su rostro, que Él ocupe el centro de vuestra vida.

¡Salid de vuestro nido hacia las periferias del hombre y de la mujer de hoy! Por eso hay que dejarse encontrar por Cristo. El encuentro con Él os empujará al encuentro con los otros y os llevará al encuentro con los otros y hacia los más necesitados, los más pobres». (Testigos de la alegría).



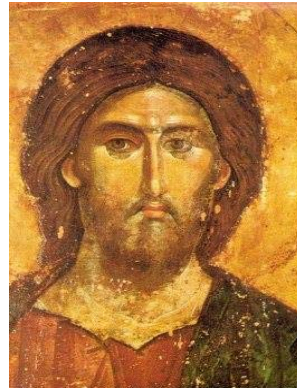
Silencio contemplativo

Proclamación del Salmo 130

Ant. (Cantada): «La misericordia del Señor, cada día cantare»

*Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.*

*Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.*



(Repetimos de nuevo la antífona)

Meditación del Salmo:

El salmista, peregrino a Jerusalén y, sobre todo, peregrino de la vida, canta la sabiduría profunda que ha adquirido en el camino. Con muy pocas palabras, apenas treinta -¿acaso hacen falta muchas palabras para decir lo esencial?-, comunica una experiencia nueva de Dios y de la vida humana. Después del bullicio de la fiesta, le sale la verdad del corazón, en la calma.

¿Dónde está la belleza de este poema? ¿No bastará con abrir los ojos y mirar, con abrir el corazón y saborear? El orante sabe de qué va la vida. Ha estado metido en ese mundo tan tentador de los deseos insaciables, de la ambición, de la grandeza, de la pretensión de estar siempre unos peldaños por encima de los demás; ha buscado en todo ello el sentido de la vida. Pero ha visto claro lo relativo y lo falso que es un planteamiento de vida así, porque no da vida ni paz al corazón.

Saber fiarse de Dios, eso es todo. Pero el abandono confiado no tiene que ver nada con la comodidad, con la pereza, con cruzarse de brazos. El camino de la confianza y de la sencillez llevan a una esperanza tan grande como la de volver cada mañana a inventar el mundo. "Sino que acallo y modero mis deseos": esta frase expresa la tarea diaria, el esfuerzo, el compromiso por vivir la vida como respuesta a una ternura entrañable; la lucha por mantenerse en una vida de serenidad, lejos de los vaivenes de las ambiciones y los afanes

Silencio contemplativo (después de un tiempo hacemos ecos del salmo)

Padre nuestro

Canto a María:

MADRE DE LOS POBRES, LOS HUMILDES Y SENCILLOS, DE LOS TRISTES Y LOS NIÑOS QUE CONFÍAN SIEMPRE EN DIOS.

Tú la más bella porque nada ambicionaste. Tú perseguida vas huyendo de Belén. Tú que un pesebre ofreciste al rey del cielo. Toda tu riqueza fue tenerle sólo a Él